



### RECESIÓN Y AJUSTE EN UN AÑO ELECTORAL

A mitad de 1998, en medio de la campaña electoral que terminaría llevando a Hugo Chávez por primera vez a la presidencia, la revista *SIC* daba cuenta en junio de aquel año de una situación económica que podríamos catalogar de otro *post-boom*. Sostenía Luis Zambrano Sequín que el país había vivido entre 1996 y 1997 una importante expansión del gasto privado, pero fundamentalmente se había expandido el gasto público, en medio de un clima positivo. Sin embargo, en 1998 se registraba un nuevo deterioro de las expectativas en el terreno económico, además en un contexto electoral.

En la edición N° 605 de *SIC* (junio de 1998), Zambrano Sequín describió en breves líneas lo que ha sido una constante en materia de política económica en Venezuela: la sucesión de episodios de fuertes *booms* por fases profundamente recesivas es algo que típicamente caracteriza a la economía venezolana, dado su carácter petrolero y su ya crónica debilidad institucional. No en vano, Venezuela ha sido calificada como uno de los países más volátiles del mundo.

El ciclo no parece tener fin, si se lee aquel momento desde el contexto actual. El artículo

de 1998 revelaba que el gobierno de Rafael Caldera había sido imprevisto, tras el ajuste de 1996, “contando que el boom había llegado para quedarse”, llevando al país a una dinámica de incrementar el gasto público “alimentado por los ingresos extraordinarios petroleros y los provenientes de una reanimación de la economía interna”. La imprevisión colocó de nuevo al país en una dinámica recesiva en 1998 lo cual, desde nuestro punto de vista, también contribuiría con la consolidación de Hugo Chávez como alternativa de cambio, con calado en los sectores más pobres.

El autor, en 1998, señala otra característica que parece inherente al ejercicio del poder político y el manejo de las finanzas públicas, y que además ha estado muy presente en la Venezuela actual: “Como también suele suceder en Venezuela, los shocks positivos son asumidos como permanentes, mientras que a los negativos siempre se les considera transitorios. Por ello durante el boom, se generan las causas de la próxima recesión”.

En su editorial de junio de 1998 la revista *SIC* dejaba en claro que no compartía el entusiasmo que empezaba a envolver a la candidatura de Hugo Chávez, pero al mismo tiempo —en una política consistente de compromiso con los más pobres— asentaba su comprensión de por qué el entonces candidato estaba calando en el sector popular con su discurso de cambio radical: “No creemos en Chávez; pero sí entendemos las razones de los chavistas”. Con esta frase se iniciaba aquel editorial.

Se recordaba en esa publicación que Chávez había dado muestras de ser “un tipo echao pa’lante” y que tenía una clara capacidad de absorber, como una esponja, lo que le proponían asesores y su equipo de colaboradores, “pero esas cualidades no bastan ni mucho menos para conducir la República

(...) además no tiene un equipo consistente ni puede articularlo para el año que viene. Por eso para nosotros (decía la revista *SIC*) no es un candidato creíble”. Seguidamente el editorial repasaba la lista de razones que alimentaban el respaldo popular hacia Chávez. Apuntaba más que a pobres a los excluidos ya que no se habían beneficiado de las bonanzas petroleras, no eran tomados en cuenta por los partidos políticos y además debían sufrir los rigores del ajuste económico.

Este texto culminaba llamando a las élites (políticas, económicas y mediáticas) a tomar en serio el estado de ánimo que se cultivaba en el país y a darle respuestas orgánicas y verdaderas a la población. Sin embargo, vale acotar que lo ocurrido en aquella campaña apuntó en una dirección contraria a lo planteado por la revista.

\*Andrés Cañizález. Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.